

millas por cima de la poblacion, hai un sitio llamado *Hoboken*. Un caballero que poseia en aquel terreno una casa magnífica y varias tierras, y tambien estaba en posesion del derecho de pasage, para hacer este mas productivo, habia reducido su jardin en unos cuantos bancales, dejando lo restante convertido en un paseo público tan simple como elegante. No es posible que la imaginacion se figure otro de mas atractivo : una cintura anchísima de ramage y arbustos floreros, claveteada de corpulentos árboles silvestres, corre por espacio de dos millas á lo largo de una colina que domina el sin igual Hudson : á veces engalana las rocas hasta la misma márgen del rio, y á veces deja un asomo de playa bastante desnuda para que se estrellen en su rudeza las mansas olas, que remedan dulcemente con su música el coro estrepitoso del Océano. En los puntos del delicioso soto de *Hoboken*, desde donde se puede disfrutar de las ventajas de la perspectiva, se encuentran anchos terreros y glorietas con un piso arenizco soberbio; y por todas partes cruzan sendas y calles, mas anchas y mas estrechas, de las cuales llevan unas á lo mas intrincado del bosque, y otras van descendiendo gradualmente á las encantadoras ensenadas de la escondida márgen.

La entrada de este Éden en miniatura no

cuesta mas de seis cientos, que se pagan en la barca. Nosotros fuimos un domingo, que hacia una bellissima tarde, con la intencion expresa de observar los caprichos ó costumbres de *Hoboken*. Millares de personas cubrian el recinto, mas despues de haber tenido la paciencia de contarlas repetidas veces, nos convencimos de que las diez y nueve vigésimas partes eran hombres. Las mugeres estaban en la iglesia. Nunca he sentido como entonces, aunque he meditado con frecuencia acerca de la materia, toda la fuerza del convencimiento de que el domingo, el dia del señor, el dia santo, el único en que la mayoría del mundo cristiano puede emplear su tiempo como mas le acomode, se pasa mal, si se pasó enteramente entre cuatro paredes escuchando á un predicador terrestre por mas sabio y elocuente que sea.

¿ En qué consiste que los Americanos, que por tan buenos esposos y buenos padres pasan, dejen á las que mas aman sobre la tierra, en las cadenas de hierro del fanatismo mas tiránico, mientras ellos gozan de la libertad de espíritu suficiente para permitirse salir á espaciarse en el templo del Dios de la vida? ¿ Cómo pueden respirar el aire embalsamado de los campos sin pensar en la atmósfera corrompida que tan gravemente oprime pechos



para ellos mas caros que los suyos propios? ¿Cómo pueden mirar las flores de la primavera, sin acordarse de sus tiernas hijas que son mas lindas todavía, y que van perdiendo su color y su fuerza, sentadas por espacio de muchas horas de un tiempo de fuego, emparedadas con cientos de infelices compañeras víctimas como ellas, escuchando los alaridos de un predicador presuntuoso, canonizado por algun conventículo de viejas? Ese martirio no les puede parecer necesario para salvarse, porque, si tal les pareciera, no se eximirian ellos, á lo menos de una parte de sus penas. ¿Porqué pues lo permiten? ¿Temen por ventura el ceño de esos sacerdotes de propia autoridad, que se ordenan á sí mismos, y les ofrecen á sus mugeres é hijas como víctimas propiciatorias? ó ¿creen mas completa su libertad semanal, porque sus mugeres é hijas se encierran cuatro y cinco veces al dia en una capilla ó en una iglesia? La verdad es que en *Hoboken*, como en cualquiera otra parte, hai *repositoires* ó descansos, que al pasar por delante de ellos, os desencantan por un momento con el tufo del tabaco y del huiqui, y quizá no pueda entrarse en ellos con una muger ó una hija. El dueño del terreno se ha visto sin embargo en la necesidad de hacer menos desagradables á la vista semejantes horrores: hai uno con especialidad que parece un

templo griego, y si en lugar de embriagarse con su grosero huiqui, bebieran vino, podria consagrarse á Baco; pero en este como en muchos otros puntos estan discordes las antiguas y modernas repúblicas.

Es imposible dejar de pensar, despues de haber pasado un domingo en las iglesias y capillas de Nueva-Yorc, y otro en los jardines de *Hoboken* que los millares de hombres bien vestidos que se ven gozando de los placeres del campo, se han deshecho de los millares de mugeres bien vestidas que se entierran en un templo, abandonándolas á la gente de sotana, por lo menos, durante el dia. Los Americanos se abrogan la reputacion de un carácter superior de moralidad y religion; pero esta division de sus horas de reposo y huelga no dan una idea mui favorable ni de una ni de otra (7).

Visité todas las exposiciones de Nueva-Yorc. Los Medicis de la república tienen que hacer muchos esfuerzos para que sus colecciones artisticas ó científicas merezcan alguna consideracion. Lo peor del caso es que, excepto una media docena de individuos, los buenos ciudadanos estan mas que contentos, estan encantados.

Los pulmones de la prensa periódica no cesan de respirar elogio y triunfo, sí, casi se mueren en éxtasi al hablar de sus obras maes-



tras nacionales. Apenas se me creeria, si fuese yo á referir los diferentes egemplos de absoluta ignorancia en materia de pintura que la casualidad me hizo reparar entre las personas de la *primera estacion* de la sociedad. Muchas veces suele encontrarse el espíritu de liberalidad y el deseo de patrocinar las Bellas Artes juntos con una falta total inconcebible de conocimientos sobre el mismo ramo que se deciden á proteger. Una duda acerca de la excelencia de sus artistas es recibida con mucho resentimiento, y un buen señor me dijo con una exquisita urbanidad, que en la época presente estaba todo el mundo de acuerdo para conocer que entre nuestros dos países se habia acabado enteramente la competencia, y que debia esperarse naturalmente que excitara un poco de envidia mezclada con sorpresa en la madre-patria el contemplar la distancia, á que sus colonias la iban dejando atras.

Debo sin embargo hacer justicia á los pocos artistas con quienes tuve el gusto de hacer conocimiento, y decir que sus pretensiones personales son mucho mas modestas que las que por ellos quieren sostener sus patronos. A varios de ellos les he oido confesar su atraso y lamentarse de su ignorancia en cuanto á la parte del dibujo, y he visto que manifestaban con frecuencia cierto respeto voluntario al

mérito de los artistas de Europa, aunque tal vez no tenían otra noticia de sus obras que la que dan los grabados, y una deferencia por su autoridad que revelaba el verdadero instinto del ingenio para las Bellas Artes. En efecto yo creo que los Americanos poseen las disposiciones naturales mas ventajosas que puede desear un pintor, pero necesitan abrirse camino en medio de las tinieblas de una noche espesísima. Cuando se funda una Academia, lo primero que hacen es colgar las paredes de sus salas de cuanto mamarracho les presentan. No emplean el método de copiar modelos vivos para perfeccionarse en el dibujo natural y familiarizarse con la verdad del colorido; no tienen orden ni plan en sus estudios. Unos muchachos que conocen tanto las formas humanas como sus maestros conocen los ojos, la nariz y la boca de la luna, empiezan pintando retratos. Si algunos de ellos dejaran á un lado su paleta, por un año á lo menos, y aprendieran á dibujar; si asistieran á las clases de anatomía y á los anfiteatros de diseccion, tomando notas no de las palabras, sino de las formas, músculos, y junturas del cuerpo humano, entonces comenzarian sus exposiciones á merecer que la crítica se ocupase de ellas.

La exposicion mas importante que se abrió, mientras estuvimos allí, fué sin disputa la del



coronel Trombold, y yo no sé como los patriotas de los Estados-Unidos puedan permitir que aquella coleccion, verdaderamente nacional, esté siendo una carga inútil en poder del artista. Muchos de los diseños que la forman, son de mano maestra; pero como sucede con su ilustre compatriota West, los diseños de este pintor son precisamente sus mejores dechados.

No puedo imaginarme que haya cosa mas perfecta que la parte interior de los establecimientos públicos de Nueva-York. Hai en todas las disposiciones y en el arreglo particular que en ellos se observa un instinto y buen juicio práctico que es imposible que deje de llamar la atencion de los extrangeros. El Asilo de los Desamparados ofrece una particularidad mui digna de citarse. La institucion ha sido fundada para corregir y reformar á los muchachos y muchachas, á quiénes la justicia ha condenado por algún delito. Las disposiciones del establecimiento son tan admirables como su objeto: cada parte de por sí inspira un interes profundo, pero la diferencia que se advierte entre los dos sexos es singular. Los muchachos son en mi opinion el mas bello plantel de jóvenes que yo haya visto en mi vida educar juntos, muchachos lucidos, alegres, prontos y llenos de inteligencia; — las muchachas son exactamente el reverso: rudas, torpes, indiferentes y melancólicas.

Hablando con el superintendente general del establecimiento, le hice esta observacion, y me respondió que la realidad correspondia perfectamente á la apariencia. No habia una de aquellas zagalonas que no hubiese sido descubierta en esta ó la otra picardigüela; mas los varones, subtraidos ya al mal influjo que los habia llevado á servirse de su ingenio, recobraban su antigua lozanía, y viéndose otra vez libres de peligro y de mancilla, volvian á mostrar en sus rostros la esperanza y el contento. Las muchachas por el contrario apenas pueden volver á levantar la cabeza. Varones y hembras son en aquel asilo tan diferentes como el roble y la azucena despues de la tempestad. El uno, al recibir el soplo de las auras que vuelven á agitar sus ramas sacude las gotas de la lluvia y muestra su verde cabellera con mayor pompa y lucimiento; la otra, cuando se han marchitado sus hojas de seda, se encoje avergonzada y esconde su frente en la tierra para siempre.

.....

El dia que pasamos en Nueva-Jersey fué delicioso, porque lo empleamos en visitar con una reunion mui agradable los planos inclinados que usan en lugar de compuertas en el canal de Morris.



Esta obra es de la mayor importancia, y prueba con otras mil que el pueblo americano es el mas emprendedor de todo el mundo. Me dijeron que el canal de Morris, que junta las aguas del Hudson con las del Delavara, tiene cien millas de largo, y que en esa distancia pasa por una variedad de terrenos, cuya elevacion sube algunas veces á mil y seiscientos pies. De esta elevacion gana la altura de mil cuatrocientos pies por medio de planos inclinados, de los cuales da cada uno sobre sesenta pies dealzada perpendicular, y sostienen como unas cuarenta toneladas. Por cada cien pies de arranque perpendicular, se gastan en pasarlos doce minutos. El gasto no llega á la tercera parte del que se necesitaria para subir por medio de esclusas. Si en Inglaterra se abren mas canales, no debe olvidarse un método tan provechoso (\*).

El canal de Morris es una obra verdaderamente extraordinaria; no solo varia su nivel hasta quinientos pies, sino que en un punto corre por el lado de una montaña á treinta pies de altura sobre la cúspide de los edificios mas altos de Paterson que está en la falda; y en otro cruza los saltos del Pasaico por un

(\*) Este consejo á ningun pueblo puede procurar mas ventajas que á los pueblos para quienes se hace esta traduccion. Ministros, acordaos del canal de Morris.

acueducto de sesenta pies de elevacion sobre el nivel del rio. Esta soberbia construccion se debe en gran parte á la energía patriótica y noble ingenio de Mr. Cadwallader Colden.

No hai elemento en el carácter nacional de los Americanos que tanto respeto inspire, como ese arrojo y constancia con que emprenden y llevan á cabo las obras públicas. Nada los arredra, cuando halaga sus cálculos una esperanza razonable de provecho. Asi se han levantado como por encanto ciudades opulentas en medio del desierto, y si los Americanos del Norte llegaran á persuadirse que en cualquiera rincon del Océano habia un monton de *dólares* escondidos, no tengo la mas leve dificultad en creer que veriamos en año y medio un camino cubierto, por donde se iria directamente al punto determinado.

.....

En Nueva-Yorc me dijeron que en muchas partes del estado tenian por costumbre pagar el servicio de los ministros presbiterianos del modo siguiente. Cierta dia del año, que de antemano se fija, concurre á casa del ministro un miembro de cada familia de las que forman la congregacion. Todos llevan su ofrenda (proporcionada á los haberes de cada cual) de ar-



tículos necesarios para el mantenimiento de una casa. Las personas mas pobres dejan modestamente sus tributos en un gran canasto, que con el objeto de recibirlos está colocado á la puerta de la casa; las que llevan regalos de mayor importancia y capaces de honrar la piedad de quien hace el donativo, pasan á la estancia donde está reunida la sociedad. Entre los artículos de que me hicieron mencion como de partes de esos presentes, hacen su pápel el azúcar, el café, el té, el queso, los barriles de harina, las piezas de lienzo de Irlanda, los juegos de china, los juegos de cristal, etc. Cuando la sociedad está reunida y la operacion preliminar de dar y recibir se ha terminado, hai su refresco, es decir: andan alrededor el té y el café y las tortas que necesariamente los acompañan. Esto no cuesta un ciento al reverendo ministro, y ni aun el trabajo de preparar el obsequio hecho á los contribuyentes, porque se encargan de todo y corren con todas las disposiciones las damas selectas de la congregacion. A estas juntas dan el nombre de visitas hiladas.

Otra costumbre que se observa en Nueva-Yorc, y que no parece que tenga una causa tan razonable, es el mudarse de casa todos los años. El dia primero de mayo la ciudad de Nueva-Yorc ofrece el aspecto de una ciudad

que abandonan sus vecinos huyendo de la peste, ó bien una plaza capitulada á cuyos habitantes se les permite sacar sus muebles y alhajas. Trastos nuevos y brillantes, y trastos carcomidos y desvencijados, carros, carretas, y carretones— cuerdas, lonas y paja —empaquetadores, aljameles y carreteros — blancos, amarillos y negros, ocupan las calles de Este á Oeste, de Norte á Sur todo este dia. No hablé á persona alguna de semejante costumbre que no se lamentara de ella, pero todo el mundo me aseguró que era una incomodidad inevitable, cuando se vive en una casa alquilada. Varios de mis amigos de Nueva-Yorc han edificado casas ó las han comprado solo por evitar ese inconveniente anual.

Hai en Nueva-Yorc un número considerable de negros, cuya emancipacion se completó en 1827, y ni en Filadelfia donde las opiniones contra la esclavitud son tan activas como violentas, se dan un aire de tanta importancia como allí. Tienen capillas á parte servidas por ministros negros, y un teatro en que no representan mas que negros. En el teatro han destinado una galería para los blancos que quieran ir á sus representaciones, fuera de la cual no se les permite sentarse; siguiendo en esta disposicion con una rigurosa etiqueta é indisputable justicia el orden de los teatros de los



blancos, en todos los cuales hai una galería exclusivamente para el uso de los negros. Yo he visto muchas veces, con especialidad los domingos, grupos de negros elegantemente vestidos, y me he divertido, con el aire de galantería de que se revisten los hombres cuando acompañan á sus hermosas, y que tan superior es á la urbanidad de los blancos en circunstancias iguales. Una vez encontramos en el Camino-Ancho (Broad-Way) á una negra jóven puesta de tiros largos conforme al ritual de la moda mas rigurosa, y acompañada de un elegante negro, cuyo traje no era menos acicalado: lenté, cadena, nada se habia olvidado. Iba el gentil y cortesano caballero con su sombrero en la mano y con el respeto y atencion de la solicitud mas tierna. Estaba á la sazón en una ventana de una hermosa casa, tal vez la hija del dueño, jóven blanca y mui linda, entre dos caballeros blancos tambien; pero ¡ai! ¡los dos tenian encasquetados sus sombreros y uno de ellos fumaba!

Si no fuera por la manera particular de andar que distingue á las mugeres de América, el Camino-Ancho podria tomarse por una calle francesa, donde la moda reunia todas las petimetras elegantes de la poblacion. El traje es enteramente á la francesa, y ninguna de las prendas que lo componen, excepto acaso las

medias de algodon, debe provenir de Inglaterra, so pena de merecer la excomunion absoluta como contraria al buen gusto. Todo lo ingles es allí grosero, decididamente de *mauvais ton*; objetos ingleses, modas inglesas, acento ingles, maneras inglesas, son términos de censura, y decirle á una pobre muger que parece inglesa, es hacerle la burla mas cruel que inventarse puede.

Yo me acuerdo que visité la Francia mui poco despues de haber invadido nuestras tropas su territorio del modo mas ofensivo imaginable; sin embargo á pesar de los resentimientos que tantos años de guerra debian haber producido y enconado, Inglaterra estaba en moda, y todo lo que era ingles era admirado. Yo concluyo de ahí que las querellas de familia han de ser mas dificiles de apaciguar; porque quince años de paz no han bastado todavía para aplacar las iras de nuestro hermano Jonatan, ni moderar el odio que alimenta en su corazón contra la tierra de sus padres,

«Que quisiera ver quemada,  
Ya que otra cosa no fuera.»

Me parece casi excusado añadir que la clase patricia de los Americanos se distingue por la amenidad y agasajo con que recibe á los extranjeros.



La *genta decente*, ó si se quiere, los caballeros (*gentlemen*), son lo mismo en todas partes, y un caballero americano y su familia saben tan bien como las personas mas delicadas de otros paises, desempeñar con los extrangeros los deberes de la sociedad y hacer los honores de su patria; pero esta clase, aunque verdaderamente existe, es mui poco numerosa, y no puede en justicia presentarse como una muestra del todo.

.....

Las mas de las casas de Nueva-Yorc estan pintadas por fuera, pero se ha procurado con infinito esmero que la pintura no desfigure el material que preserva; al contrario no hai cosa mas primorosa. Ahora emplean mucho una hermosa piedra que llaman piedra de Jersey, la cual tiene un color pardo soberbio, y hermosea mucho los edificios que se construyen con ella. Tambien poseen un granito ceniciento de gran belleza. Las aceras de la mayor parte de las calles estan enlosadas, lo que no solamente les hace mui superiores á las aceras de ladrillo de Filadelfia; sino que las hace en extremo cómodas y hermosas.

Por la noche las tiendas, que continuan abiertas hasta mui tarde, estan brillantemente iluminadas con gas, y se ve en toda aquella po-

blacion el mismo movimiento, se oye el mismo bullicio, se nota la misma vida que en Londres ó en Paris: contraste que realza mas la solemne tranquilidad de Filadelfia.

Hai unos cuantos árboles en diferentes partes de la ciudad, y observé muchos plantones que guardan con el mayor cuidado. Si fueran mas abundantes seria una delicia, porque el efecto de los reflejos del sol en el verano terrible del pais es intolerable.

La nieve abunda con profusion tal, que no creo que haya una sola casa en que falte el lujo de un pedazo de nieve para refrescar el agua y endurecer la manteca. Los coches de alquiler son los mejores del mundo, pero abominablemente caros; siendo necesario, al hacer el ajuste con un cóchero estar tan sobre sí como al pasar por un bosque infestado de bandidos. Si no se estipula con él de antemano en términos claros é ininterpretables, el caballero del látigo y pescante puede desollar al pobre que ha tenido la desgracia de poner el pie en el estribo de su trampa. La primera vez que monté en coche en Nueva-Yorc, me costó el olvido de esa condicion dos pesos y medio que me hicieron pagar por una carrera de veinte minutos. Cuando lo dije al mozo de la fonda, me preguntó si habia hecho ajuste. « No, » contesté. — « Entonces *espero*, replicó el mozo



con la mirada habitual de triunfo del país, que el Yanqui (Yankee) ha sabido mas que vos. »

Los carruages particulares son infinitamente mas hermosos y mas cómodos que cuantos he visto hasta ahora en ninguna otra parte. La falta de libreas vistosas les hace perder mucho lustre y elegancia, pero no obstante un tren de verano de Nueva-Yorc con sus lindas mugeres y sus hermosos niños parece mui bien en el Camino-Ancho, y en ninguna otra parte chocaria.

El lujo de la aristocracia de Nueva-Yorc no se reduce á la ciudad; apenas hai una aranzada de tierra en la isla del Manhaten que no ofrezca á la vista una quinta preciosa ó una magnífica habitacion. Las mejores ocupan la parte de los rios del norte y del este, á cuyas márgenes descienden sus jardines. Entre estas la mas bella quizás es una casa situada en la primorosa aldea de Blumindala (Bloomingdale ó Valle Florido); en el espacio de unas sesenta yugadas de tierra se reunen casi todas las perspectivas y escenas rústicas del campo y los cuadros mas pintorescos de la jardinería. Describir la variedad de oteros y cañadas, de bosques y praderas, de rocas y rios, fuera trabajo tan inútil como querer dar alguna idea de aquellos pensiles deliciosos por medio de comparaciones. Yo nada he visto que se parezca á la quinta de Blumindala. Tampoco diré hasta

qué punto puede embellecer á mis ojos aquel ameno sitio la influencia de la hospitalidad elegante que encontré allí; pero seguramente no conservo memoria mas fresca ni recuerdos mas vivos de ningun otro parage, no habiéndome visto jamas en medio de una sociedad que mas agrade conocer, que mas se sienta dejar que la de los moradores de *Wood-lawn*.

